

Cayendo las últimas caretas

ONCE sindicalistas chilenos, varios pertenecientes a directivas afiliadas al Comando Nacional de Trabajadores (CNT), que preside Rodolfo Seguel, acaban de enviar el siguiente cable a la Central de Trabajadores cubanos en La Habana:

"Saludamos 31 aniversario, gesta heroica que abrió camino a Cuba, primer territorio libre de América".

"Primer territorio libre de América" es, para los aludidos sindicalistas, un país cuyo régimen gubernativo no sólo conculca toda forma de libertad sindical, sino que además desconoce el derecho de los padres a educar a sus hijos, hostiliza las expresiones de culto religioso, mantiene por más de veinte años a miles de presos políticos en mazmorras impenetrables, impide el menor asomo de libertad de prensa o de discrepancia política, niega toda actividad económica privada de alguna relevancia, controla férreamente a sus ciudadanos con comisarías por cuadro y con tarjetas de racionamiento para adquirir alimentos y, en fin, impide el derecho de sus habitantes a emigrar de esa isla convertida en una cárcel gigantesca.

"Primer territorio libre de América" es, para los sindicalistas de marrras, el régimen de Fidel Castro, del cual muchos socialistas que inicial-

mente lo apoyaron en casi todo el mundo hoy se avergüenzan al constatarlo como un totalitarismo oprobioso e irreversible.

EL desafiante cable transcrito denuncia lo absurdo de pretender construir un régimen democrático en alguna forma de alianza o concertación con elementos marxistas-leninistas.

No se trata (como erróneamente lo plantean ciertos demócratas chilenos) de que los comunistas, y en general los marxistas-leninistas hoy aglutinados por el MDP, deban definirse entre aceptar o rechazar la violencia como método de acción política.

En efecto, aun cuando ellos declararan prescindir de la violencia, esa alternativa no tendría más que alcances tácticos, propios de la simulación que Lenin enseña descarnadamente. Porque la violencia es inherente a la

“El desafiante cable transcrito denuncia lo absurdo de pretender construir una democracia en alguna forma de concertación con marxistas-leninistas...”



médula doctrinaria del marxismo-leninismo. Emplearla o fingir descartarla, dependerá sólo de las conveniencias ocasionales, según la "corrección de fuerzas".

SIN embargo, más allá de los medios, la radical incompatibilidad entre comunismo y democracia, o entre marxismo-leninismo y libertad, proviene de los fines

intrínsecamente totalitarios del comunismo marxista-leninista. Los activistas de esta doctrina sólo pueden favorecer una democracia de corte occidental en cuanto —y mientras— su funcionamiento le permita participar en ella para destruirla.

Naturalmente, tal destrucción se hará bajo el sofisma de "profundizar" la democracia. La supresión definitiva de toda libertad se impondrá pretextando que no hay más libertad que la brindada por el socialismo que presume "avanzar" hacia el comunismo. El aplastamiento irreversible de cualquier pluralismo ideológico se disfrazará de una supuesta "superación" del mismo. La dictadura del proletariado se implantará con el rótulo de "democracia popular".

¿Qué racionalidad tiene entonces que ciertos demócratas persistan en suponer que los comunistas puedan —en alguna hipótesis— contribuir a que Chile se encamine hacia una democracia plena y luego la consolide establemente? ¿Qué sentido tiene debatir sólo sobre la violencia con quienes —empleándola o no— lucharán siempre para que Chile sea otro "territorio libre de América", semejante a Cuba?

Si no bastó para algunos nuestra experiencia entre 1970 y 1973, hechos tan recientes como el cable comentado debieran abrir los ojos hasta de los más ciegos.